

## El poeta Manuel Mendoza Carreño, «in memoriam»

Por Joaquín CRIADO COSTA

Excmo. Sr. Director,  
Ilmos. Sres. Académicos,  
Estimados familiares de don Manuel Mendoza Carreño,  
Señoras y señores,  
Amigos todos:

Conocí a Manuel Mendoza Carreño en esta casa y lo conocí como persona, como amigo y como poeta. Después, las parecidas aficiones literarias hicieron que tuviera con él una relación frecuente que llegó a madurar en los últimos años, años anteriores a su muerte, precisamente en su pueblo de adopción, en su Priego de Córdoba, donde coincidimos no pocas veces, en la librería que hay al final de la Carrera de las Monjas, durante los días de los Cursos de Verano de la Universidad y donde pudimos hablar largo y tendido sobre nuestros respectivos conceptos de poesía, sobre poetas de la zona, sobre sus vivencias y sobre sus orígenes humanos y poéticos allá en su Puente Genil de los membrillos. Poco conocía yo de su vida anterior a ese momento. Poco, a excepción de un libro que había publicado, recién estrenada la Editorial El Almendro, de los hermanos Peláez del Rosal, sobre la historia de Priego en su aspecto divulgativo, más bien pensada para escolares de enseñanza básica y media, y que precisamente cuando la Editorial fue a hacer la presentación del libro en el salón de actos del Ayuntamiento prieguense, tuvo conmigo la deferencia de invitarme a que yo la hiciera. Poco a poco fui adentrándome en el pasado humano y poético de Manuel Mendoza Carreño. Pero seguía existiendo para mí una serie de lagunas en su biografía y realmente no había tenido nunca la oportunidad de rellenarla. Por eso cuando se proyectaba esta sesión necrológica pensé que podía rendir un homenaje de amistad y de compañerismo a Manuel Mendoza Carreño y no dudé en dirigirme a su hijo Luis en petición de esos datos que rellenaran los huecos que en la biografía que yo podía hacer de Manuel Mendoza no sabía cómo rellenar. Creo que no tendrá inconveniente Luis —aquí presente— en que reproduzca las breves líneas que él me facilitó porque —y si no juzguen ustedes al final— me parece que están escritas por un poeta, digno sucesor de su padre, en esa misma línea lírica, que realmente es también una pieza poética en prosa. Dicen así:

«Manuel Mendoza Carreño nace en Puente Genil en 1915, en el seno de una familia de clase media alta. Su padre es fabricante de calzado. Con pocos años ingresa en el Seminario de Córdoba, aunque ya lleva con él la carga de realidad y dolor que supuso la muerte de su jovencísima madre. En el

Seminario, según declaraciones de algunos de sus profesores, es un alumno extraordinariamente dotado para el estudio, de manera especial para la lectura e interpretación de los textos latinos. No tiene vocación y deja la carrera sacerdotal para hacerse maestro. Una larga y costosa enfermedad del padre deja a la familia en la indigencia, por lo que Manuel, como hermano mayor, ha de salir al frente. Es maestro en 1936, con el comienzo de la Guerra Civil. Debido a su relación profesional con los Colegios Parroquiales del pueblo y a su condición de presidente local de Acción Católica, es tiroteado, con otros compañeros, cuando permanece preso en el interior de un vagón de ferrocarril. Sale ileso y marcha al frente con los nacionales para permanecer en él los tres años de guerra, tiempo que su abuela, que lo ha criado junto a sus seis hermanos, pasa en un sillón, sin acostarse, como sacrificio por su nieto. En la Academia de Rifien, en Marruecos, consigue el número uno en los cursos para oficial del Ejército. Acabada la guerra, se casa en Priego con la sevillana Carmen Pantióon Fuentes, joven maestra, que llegó a ser una profesional notable. Hacia los años cincuenta es designado alcalde y permanece más de una década regentando los destinos del pueblo, con una personalidad reconocida en todo el ámbito provincial. Diputado provincial, procurador en Cortes, caballero de la Orden de Cisneros, Medalla de Alfonso X el Sabio, y otros honores para sus méritos profesionales y políticos. Es notable, sobre todo, por su honradez, su sentido de la justicia y su tendencia permanente a defender al débil. Es director y colaborador del semanario «Adarve». Aficionado a la lectura de clásicos, domina la versificación. Su prosa es fácil, hermosa, seria, y siempre, de un importante contenido. Profundamente religioso. Muere en Priego de Córdoba, tras un año de enfermedad, con admirable entereza, y a la edad de setenta y un años.

Tuvo seis hijos con Carmen, una mujer excepcional; escribió muchos libros, que le salieron del alma; enseñó a los niños y fue llorado por Priego, que lo conocía. Nunca quiso: ni pertenecer al Opus, ni afiliarse a un partido político, ni aprender a conducir, ni salir de España».

Estas palabras de su hijo, poéticas, sentidas, auténticas, dan una idea clara, exacta, de esa dimensión humana de Manuel Mendoza. Haciendo un recorrido por su obra lírica, por su producción poética, es interesante destacar, a mi juicio, que Mendoza Carreño no escribe nunca una obra poética previamente concebida, monográfica, con cierta unidad. A mi manera de ver, todos sus libros de poesía son libros de miscelánea o libros misceláneos. Porque escribe poesía, escribe los versos, cuando, como y donde siente la inspiración. Y después va recortando en el tiempo esos versos y los va plasmando en forma de libros. Lo cual, lógicamente, presenta un problema no fácil de resolver: el dar título a esos libros. Buscar un título que sirva de ensamblamiento, de nexo de unión, a todos los poemas que de manera salpicada, casi podríamos decir, en lenguaje popular, «a salto de mata», han ido saliendo. Pero precisamente esa trayectoria de la que habla mi querido amigo y compañero José María Ocaña Vergara, esa vena poética que ha cultivado desde el primer momento —en una ocasión me dijo que él componía multitud de versos ya en el Seminario Diocesano— no se plasman en un libro has-

ta el año 1959, libro al que va a suceder una serie de ellos bastante larga, que se hacen posible, que se hacen realidad, por una circunstancia –a la que el poeta se refirió en más de una ocasión– digna de tenerse en cuenta, y es que vivía en un pueblo, como apunta Juan Soca, aunque no muy grande, y aunque sin grandes ganas de leer poesía por parte de sus habitantes, pero sin embargo, como digo, con una circunstancia muy importante en la vida de Manuel Mendoza: que Priego es un pueblo con imprentas. Así iba gestando sus libros casi, casi, al pie del plomo. Iba haciendo de corrector de pruebas. Y no solamente en lo formal, sino que iba también modificando su propia expresión poética cuando después de «fabricado» el plomo pensaba que estaría mejor de otra manera. Es decir, que de ese modo tenía la oportunidad de poner en práctica su perfeccionismo hasta el último momento. Y esto creo que es interesante. Como también es extraordinariamente interesante, y al mismo tiempo tendríamos que decir que lamentable, que muchas de estas obras tuvieran que salir de su propio y corto bolsillo de poeta. Pero, en fin, también hay que decir que cuando se tiene la imprenta al lado y el propio impresor es amigo los precios suelen abaratarse. Pues bien, el primer libro, que publica en el año 1959, le da –en alguna ocasión me lo confesó– la gran satisfacción de que se lo prologara un poeta vecino: el más inspirado poeta de Cabra de los últimos años, que era Juan Soca. Y Juan Soca creo que atinó en un juicio crítico en los primeros momentos de la expresión poética –no de la construcción poética– de Mendoza Carreño. Hay afirmaciones que verdaderamente hoy, después de haber escrito la serie de libros que escribió con posterioridad, podríamos rubricarlas. Dice, por ejemplo: «Son versos y prosas plenos de espontaneidad, sutiles, estos «entretenimientos líricos», como los califica el autor (...). Bienvenido sea a esta Cofradía de soñadores, el sincero y estimado poeta Manuel Mendoza, al que Dios depare buena suerte en este tejer sueños, para que los desteeja la cruda realidad. Bienvenido, porque nos llega con el alma encendida de muy fragantes esperanzas. Y bienvenido, porque –suya es la advertencia con que predispone el ánimo del lector–: «... pero estoy convencido de que no dejará en tu alma ningún rastro de amargura». Quien así se propone producir belleza, bien merece el aplauso y el aliento».

Va haciendo previamente en el prólogo, el propio Juan Soca, una exposición de cada una de las partes del libro, pero lo hace con el menor número de palabras posible y con un tino tan certero que me ha hecho pensar que el egabrense debió de ser un lector empedernido que a poco que tomara en sus manos unas páginas sabía ir al grano, porque yo al leer el libro pensaba que una persona «normal y corriente» tendría que haber hecho muchas lecturas para dar con la palabra clave que resumiera cada una de las partes: «En «Críticas», nos lleva de la mano por un camino espinoso, para ofrecernos muy fragantes rosas. Su «Silencio» es una grave lección de moral. Reflexivo y atinado en el artículo «Año Nuevo». Muy certero el titulado «Eternidad». Derrocha profundidad y belleza en las páginas que dedica a la «Amistad». Modelo de observación, «El hombre propone» y «El qué dirán». Aleccionadoras páginas las de «Conécete». En las que dedica al «Dinero» nos da

una magnífica lección de sentimiento y amor hacia Jesús». Tierna y dulce añoranza, de los días idos para siempre, reflejada en el artículo que denomina «Nostalgia». Canta, en prosa, «Lo sencillo», con estas finales palabras: «No te deslumbres nunca por los gestos, porque la nobleza es sencilla; el saber, modesto; la riqueza, generosa; y la santidad, humilde».

De este primer libro de poesía de Mendoza Carreño he seleccionado su poema «Ha pasado» para leérselo a ustedes como ejemplo de esos primeros versos que publicó:

Rápido ha pasado el viento  
silbando por tu ventana  
y a los capullos de grana  
les ha robado su aliento.  
Yo le dije que llevara  
en sus onzas, engarzado,  
el hálito enamorado  
que mi pecho aprisionara.  
El sabe de los amores  
sutilidades y quejas;  
él sabe que hay, de las rejas  
cuitas de amor, en las flores.  
Rápido ha pasado el viento  
silbando, por tu ventana.  
De los capullos de grana  
¿has recogido mi aliento?

He observado que desde sus primeros versos Mendoza Carreño muestra una maestría grande, más que en los versos de tipo religioso —es un gran cantor, porque es un gran enamorado, de la Semana Santa de su pueblo— un acierto poético mucho mayor en los versos de tipo amoroso que me ha hecho pensar en un cierto paralelismo con su también paisano Manuel Reina —que vengo estudiando desde hace años y sobre el que he publicado varios artículos— y es que tienen un cierto pudor a la hora de expresarse en versos amorosos, pero sin embargo, no sé si consciente o inconscientemente, aciertan más en la calidad literaria cuando tratan este tema amoroso que cuando tratan el tema religioso. ¿Es un aspecto más sentido? No lo sé. ¿Se consideraban poéticamente más capaces de un tema que del otro? No lo sé. Pero mi opinión es ésta y coincide en algunos casos con la de otros críticos que los han enjuiciado.

Unos años después, en 1961, publica unos poemas breves que titula *Voces íntimas*, y que le prologa un compañero nuestro, Correspondiente en Montilla: Enrique Garramiola Prieto, también poeta, celebrado poeta de la Campiña. He seleccionado igualmente algún párrafo porque me parece interesante para advertir la evolución poética de Mendoza: «Manuel Mendoza Carreño, andaluz, de fina esencia, poeta por naturaleza, describe el mundo, su mundo vasto pintoresco, imbuido por el amor mismo a la contemplación estética, al detalle característico, a la fisonomía que transparenta el alma

deshecha en quejas esperando alivio y vindicación. *Voces intimas* es un pequeño compendio de poesía andaluza. En él, su canto, nos despliega graciosamente el abanico lírico para enervar nuestro cotidiano apasionamiento. De modo delicado se nos adentra su poesía como ese frescor típico de las estancias andaluzas en que se recobra toda la vida en un instante a poco sofocada por estival ambiente. Voces templadas, vertidas de corazón a corazón; como a media voz que nos hace sentir lo que él siente, al modo patético, no sentimental, con el calor en los labios. Poesía íntima, amasada en la tierra, florecida en la mañana talar que encanta el agua y ensalma el sol meridional, hiriente, de fragua, entibiado por la caricia mansa de la arboleda. Verbo poético, manado de una fuente generosa que suaviza escabrosidades interiores, inagotable de lozanía. Si la juventud material —dijo el poeta— es «divino tesoro», ¿cómo considerar la juventud del espíritu? La constante primavera, la juventud eterna, es el don que más eleva al hombre. De ella radica la poesía. Y el arte de Manuel Mendoza Carreño, sin reconocer tiempo, brilla de juventud. Primicia del alma, savia joven, inmarcesible, siempre dulce, que no tara los años. La eterna primavera de que nos habla se patentiza en sus sensaciones».

Creo que, en cierto modo, está en la línea de lo que les decía a ustedes antes. Ved que el propio Enrique Garramiola es uno de los poetas vivos con más sensibilidad hoy en la provincia de Córdoba. Igualmente creo que deja claro también que la temática amorosa, la temática —diríamos— de apasionamiento por las cosas y por los seres, sin caer en el apasionamiento religioso, es quizá el punto fuerte de Mendoza Carreño. Hay —y no lo voy a leer porque no quiero extenderme demasiado— un soneto de Juan Soca en este segundo libro del pontanés, en el que hace una descripción del propio Mendoza que creo que es extraordinariamente atinada. Y de este libro he seleccionado el poema «Quedaron raíces», que vamos a oír:

Cava hondo, cava  
 con pico de sol y oro  
 en mi firme pensamiento  
 y saldrá a luz el tesoro  
 de mi amor.  
 Pero tú sigue cavando,  
 con pico de sol y plata,  
 sin miedo, hasta el corazón  
 que, si sangra,  
 vivas tiene las raíces  
 del amor.  
 Amor, alma, corazón,  
 que con la luna se fueron  
 aquella noche de enero.  
 ¡Ay, amor! ¡Ay, nuestro amor!

Un aspecto del quehacer poético y literario de Manuel Mendoza Carreño me ha llamado la atención. Es esa generosidad de que hablan algunos,

esa generosidad del hombre y esa generosidad del poeta. No sé si será caso único, pero hay dos publicaciones que son muestras evidentes de esa generosidad de Mendoza Carreño. Se acuerda de poetas pontanos, de «poetas genileños», dice en alguna ocasión, gentilicio que yo no había oído hasta entonces, —«pontanés» y «pontano» sí, pero no «genileño»—, dos poetas, digo, de los que él se acuerda, uno anterior a su propia vida, que había influido en sus primeros versos, y al que había leído, que es Miguel Romero. Y escribe sobre él un libro, recogiendo en una antología su obra, que titula *Miguel Romero. Un poeta de Puente Genil. Breve antología*. Miguel Romero fue un abogado del siglo XIX, cuyos versos conocía Mendoza, así como algunas exposiciones en prosa y algunos artículos, precisamente sobre la vida de las cofradías y de las hermandades de Semana Santa en Puente Genil. Para Mendoza es uno de los principales escritores pontanos y no ha querido que se pierda su obra. Ha buscado por doquier las composiciones inéditas, la prosa no publicada de Miguel Romero, se queja a veces del exclusivo celo de los «guardadores» de esos documentos inéditos —en Puente Genil he podido comprobar este hecho más de una vez, precisamente con la obra inédita de algún poeta; hay cierto resquemor hacia el crítico, hacia el biógrafo, no sé por qué, ni si será fundado o no— pero él ya se queja en este libro de las caras que le ponen algunos de los que poseen documentos, poemas inéditos del poeta Miguel Romero.

Y el segundo caso de esa generosidad se refiere a otro poeta pontano, en cierto modo con una vida algo paralela a la suya, también maestro, también director de una academia de segunda enseñanza, y que él lleva a un libro que titula *El poeta pontanés Agustín Rodríguez*.

Estos dos hechos, digo, son dignos de todo elogio, porque es el caso de un poeta que siente el agradecimiento hacia uno de sus paisanos que ha influido en la poesía de sus primeros años y del compañero poeta que por haber tenido la desgracia de morir antes, de no haber llegado a un tiempo en que la publicación y la divulgación de la poesía es más fácil, le echa una mano de amigo, de compañero, y quiere que salga entremezclándola con la suya propia.

Podríamos seguir desbordándonos con los escritos de Manuel Mendoza Carreño, porque realmente a mí me desbordaron, pero no quisiera dejar atrás un aspecto de nuestro amigo poeta que es interesante resaltar aquí, y que ya puso de relieve, cuando contestó a su discurso de ingreso en la Real Academia «Vélez de Guevara» de Ecija, de Ciencias, Buenas Letras y Bellas Artes, José Valverde Madrid, quien resaltó dos aspectos fundamentales de Mendoza: el aspecto de poeta y el de su oratoria.

He pensado en alguna ocasión que Manuel Mendoza Carreño llegó a ocupar los cargos políticos tan de privilegio que ocupó —pienso que es un privilegio ser alcalde de su pueblo, más que ser alcalde de su propia capital—, y él lo tuvo, como tuvo también el privilegio de colaborar en el gobierno de la provincia y de colaborar en el gobierno de la nación desde su puesto de Procurador en Cortes y sin lugar a dudas creo que esos lugares distinguidos, esos altos puestos que ocupó le dieron ocasión de que pusiera en

práctica esas dotes oratorias que tuvo y al mismo tiempo le sirvieron para practicar la oratoria para perfeccionar esas dotes que sin duda alguna no hubieran llegado a tanto de no haber ocupado esos puestos en la política de su tiempo. Efectivamente, cuando yo leía el discurso de contestación de José Valverde me parecía estar recordando en esta mesa sentado a Manuel Mendoza Carreño. Efectivamente, creo que ha sido un hombre de temple, ha sido un hombre de gran prudencia, de sonrisa frecuente, un hombre equilibrado, que ha sabido medir sus palabras, que ha sabido expresarlas con dulzura, y creo que en ese aspecto ha tenido todas las buenas características que deben adornar a un orador. Aquí se ha puesto de manifiesto en alguna ocasión, como hace unos años, cuando dio el discurso de apertura del curso 1984-85, y desde luego lo ha ido poniendo también de manifiesto cuando ha dado, creo que por tres veces —no sé si incluso llegaría a la cuarta— el pregón de Semana Santa de Priego de Córdoba. Cuando a lo largo de los años a un pregonero se le llama una y otra vez al mismo lugar a pregonar el mismo hecho y en el mismo sitio donde lo conocían, donde estaba pasando su vida día a día, entre los propios elementos de su auditorio, es por algo muy digno de tenerse en cuenta. Y lo digo porque tuvo siempre a gala el haber repetido varias veces el hecho de haber sido pregonero de la Semana Santa de Priego. He pensado siempre que algo tienen los poetas pontanos cuando no se quedan en Puente Genil. Manuel Reina creo yo que se buscó un cargo político, el ser varias veces senador, incluso algunas de ellas por malas artes, para irse de Puente Genil; y cuando no tiene más remedio que permanecer en él, porque los votos no le dan el puesto, se retira a Campo Real. Es reciente aún el caso de Juan Rejano, que deja Puente Genil para irse al exilio. Y es reciente también el caso de Ricardo Molina, compañero nuestro de Corporación, que abandona Puente Genil para venirse a la capital y que incluso se nos retiró prematuramente de la vida. Pero el caso de Manuel Mendoza Carreño, que abandona su Puente Genil natal, creo que es completamente diferente a los otros tres casos referidos. El se va de los campos de membrillos a los campos de olivos. No gana ni pierde nada. Lo que andaba buscando era unir dos puntos importantes de ese Sur cordobés, que realmente se parecen en mucho pero que son también muy diferentes. Nunca abandona su ciudad natal, porque con frecuencia participa en veladas, en reuniones literarias o de tipo educativo que se celebran en Puente Genil; por eso de él puede decirse, sin lugar a equivocación, que tuvo dos patrias chicas, una por nacimiento y la otra por adopción, que las engrandeció a las dos por igual, pues aunque se marchó de Puente Genil, nunca faltó de Puente Genil.

Descanse en paz el hombre, el poeta amigo, el compañero académico.

He dicho.